



## Confirmaciones en Pino de Tormes

### Domingo XVII del Tiempo Ordinario

El pasaje evangélico del domingo pasado nos presentaba a Jesús y sus discípulos intentando retirarse a un lugar solitario para descansar un poco. Este plan se frustra porque, al desembarcar en la otra orilla del lago de Galilea, se encuentran con que se les ha adelantado una gran multitud necesitada de la palabra de Jesús, verdadero alimento capaz de saciar el hambre. Entonces “Jesús sintió compasión de ellos, porque eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas” (cf. Mc 6, 34).

La narración del Evangelio de Marcos continúa con la multiplicación de los panes, realizada por Jesús en favor de aquella multitud (Mc 6, 35-44). Pero el relato de la multiplicación de los panes hoy leído, según el leccionario litúrgico, está tomado del capítulo sexto del Evangelio de Juan, del cual se va a seguir leyendo en los próximos domingos la interpretación eucarística que Jesús hizo de este milagro.

Jesús enseña a sus discípulos que no deben estar angustiados con la preocupación por la comida o el vestido o los bienes materiales con los que podrán hacer frente a las necesidades de la vida diaria. **Los discípulos deben buscar ante todo el reino de Dios**, con la confianza en que todo lo demás les será dado por el Padre, que conoce sus necesidades antes de que se las digan. El Reino de Dios no debe ser buscado como ocasión para obtener beneficios materiales, aunque Jesús cura a los enfermos que creen en él y en el reino de Dios que Jesús anuncia y está ya presente en su misma persona. A quienes vienen a escuchar su palabra sobre el reino de Dios, Jesús les da también de comer, multiplicando el pan para ellos.

En el relato de Marcos los discípulos le piden a Jesús que despida a los que han escuchado largamente su palabra, para que vayan a sus poblados a comer, Y Jesús les dice: **“Dadles vosotros de comer”**. Ante lo cual preguntaron sus discípulos: *“¿Vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?”*.

En el relato de Juan, Jesús implica en el asunto a sus discípulos de otra manera. Se narra que al ver a tanta gente que acudía a escuchar su enseñanza, Jesús pregunta a Felipe: **“¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?”**. Felipe manifiesta la imposibilidad de saciar el hambre de tantas personas: *“Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo”*. Y Andrés añade: *“Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos?”*. La situación no tenía salida humanamente posible. Pero Jesús toma entonces la iniciativa de su poder divino. Nótese, si embargo, que el milagro de Jesús cuenta con



la colaboración generosa de un muchacho que puso a su disposición los panes y los peces que había traído para su comida.

Jesús manda que la gente se siente. Luego **“tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió”**. Hizo lo mismo con los peces y les dio de comer hasta que se saciaron. Y con los pedazos que sobraron se llenaron doce cestos.

Los casi cinco mil comensales quedan tan impresionados con lo ocurrido, que enseguida afirman: **“Este hombre es en verdad el profeta que tenía que venir al mundo”**. El profeta prometido por Dios para los últimos tiempos, el profeta “igual a Moisés” (cf. Dt 18, 15-18), está ya presente en medio del pueblo. Por consiguiente, consideran que hay que proclamarle rey y reconocerle el poder político, ya que es capaz de satisfacer las expectativas de la gente.

Pero precisamente en este aspecto aparece la diferencia entre la muchedumbre y Jesús. Cuando **Jesús comprobó que el signo que acababa de realizar no había suscitado fe en su persona, sino que únicamente había servido para fomentar esperanzas mundanas**, decidió **“retirarse de nuevo al monte, él solo”**.

Es muy consciente de que esta reacción suya provocará la desilusión en muchos, pero no puede plegarse a estos fáciles entusiasmos ni a los proyectos políticos que entrañan. Pues no ha venido al mundo para convertirse en un rey entre los reyes de esta tierra (cf. Jn 18, 35-38). No multiplicó los panes para realizar un acto extraordinario que impresionara a la multitud, sino que lo ha hecho para ofrecer un “signo” (cf. Jn 6, 26), es decir, una señal que apunta no a los panes multiplicados, sino a aquel que ha realizado tal gesto, a Jesús, porque él es “el pan de la vida” (Jn 6, 35), el único pan capaz de saciar el hambre de vida eterna.

Jesús da a vida al mundo como testigo de la verdad de Dios, que nos hace libres para amar a Dios y a los hermanos como él nos ha amado. De esta verdad que nos da fundamento y razón de vivir, amar y esperar nos ha hablado segunda lectura de la carta a los efesios: la vocación a la que hemos sido llamados es creer en el único Dios y Padre de todos y en Jesucristo, su Hijo, el único Señor, que por el agua y el Espíritu, en el sacramento del bautismo, nos ha hecho renacer a una vida nueva como miembros de su cuerpo, vivificados por el mismo y único Espíritu Santo, que nos mantiene en la unidad y en el amor. Este mismo Espíritu es el que hoy vais a recibir en el sacramento de la confirmación, en la plenitud necesaria para vivir la vocación cristiana con gozosa fidelidad, es decir, sintiéndos dichosos de creer en Jesús y de dar testimonio de que él es el único Señor de vuestra vida, a quien queréis imitar en el amor a Dios y al prójimo y en el servicio a los hermanos.

Jesús nos ha enseñado que ni la Iglesia ni los cristianos podemos pretender realezas humanas. Los cristianos reinamos sólo cuando servimos a los hermanos, cuando gastamos nuestra vida por ellos, amándolos gratuitamente hasta el extremo (cf. Jn 13,



1). Sólo así seremos auténticos discípulos de Jesucristo, *“el pan de Dios que baja del cielo y da la vida al mundo”* (Jn 6, 33).

El envío a la misión por parte de Jesús es una consecuencia ineludible de nuestro bautismo y confirmación; constituye una llamada para cualquier lector u oyente del evangelio. Así pues, todo cristiano está llamado a ser testigo del Evangelio en medio de los hombres, consciente de que **su misión será tanto más eficaz cuanto más viva en comunión con Cristo, hasta llegar a vivir como Cristo, que habita ya en él** (cf. Gal 2, 20).

La vida en Cristo la recibimos también nosotros a través de la escucha de la Palabra de Jesús y **siendo marcados por Cristo con el sello del Espíritu Santo**. Los marcados por el Espíritu Santo no nos poseemos a nosotros mismos; somos propiedad de Cristo. Porque es Cristo quien vive en nosotros, vivimos para él y para los hermanos, no para nosotros mismos. Nuestra grandeza, nuestra perfección y nuestra alegría plena no están en encerrarnos en nuestros intereses personales y en hacernos esclavos de nuestras apetencias, sino en abrirnos a la verdad, al amor y la libertad del Espíritu de Jesús, y en hacernos todos servidores de los demás por amor. Estamos llamados a seguir el ejemplo de Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir y dar la vida por la salvación de cuantos creen en él. Esta referencia a la salvación indica que el servicio de Jesús no estuvo orientado a la mera satisfacción que producen los bienes de este mundo, sino a hacernos partícipes de los bienes del Reino de Dios. Nuestro servicio a los hermanos, por tanto, ha de ser también un servicio de amor que alcanza la cima en su salvación por Jesucristo.

Los que hoy sois confirmados, estáis llamados a ser servidores en la familia, colaborando en los trabajos comunes y haciendo más agradable la convivencia en el hogar. Servidores en el colegio, en la universidad, en el ámbito de trabajo, buscando la promoción de todos y el respeto de sus derechos. Servidores en los espacios de ocio, cuidando celosamente la dignidad y el respeto de todos. Servidores en la sociedad, aliviando con sentido fraternal las necesidades de quienes se encuentran en peor situación, y comprometidos en la instauración de la justicia. Y servidores en la Iglesia, por la disposición a tomar parte en la misión que Jesús le ha encomendado para la salvación de los hombres: servidores como testigos de la fe en la celebración de la Eucaristía, en la catequesis, en los grupos de Cáritas o de cuidado de los enfermos y ancianos, como miembros de los consejos parroquiales, etc. Y, en toda situación o circunstancia, dando testimonio de la alegría de vivir la fe y de hacerla operante por el amor, también cuando os toque sufrir por ser fieles a Jesús.

**Jesús pasó por la vida haciendo el bien, porque el Espíritu de Dios estaba en él. Hoy, queridos confirmandos, vais a recibir el gran don del Espíritu Santo, para que vuestro paso por la vida sea como el de Jesús. Con la fuerza de su Espíritu permaneceréis en Cristo y buscaréis los lugares y tiempos más adecuados para “estar con él” en la celebración de la Eucaristía y en la oración personal, en**



Carlos López Hernández

**diálogo de amor. Así seréis capaces de vencer en vosotros el poder del mal, de aliviar el sufrimiento y las necesidades de los demás, y de aportar fe, esperanza, amor y alegría a la vida de todos los hijos de Dios.**

Pino de Tormes, 29 julio de 2012